

SHAKESPEARE EN DALLAS

MACBIRD

UNA SATIRA FERROZ CONTRA LA CASA BLANCA

HACE unas semanas se estrenó, en el Theatre Royal de Stratford, cerca de Londres, *MacBird*, la famosa obra de Bárbara Garson, dirigida por Joan Littlewood. En Nueva York, a pesar de no haber sido bien acogida por los críticos, el público sigue llenando diariamente la sala del «The Village Gate», un night-club extraño al mundillo de Broadway. Ha sido la única empresa que se ha atrevido a representarla en

EE. UU. La sátira política, acerba, es un fenómeno raro en el teatro americano actual, pero no por ello ha sido clausurada, ni siquiera ha habido intentos para cortar su carrera de éxitos. Durante cuatro semanas, la obra estuvo en cartel sin que los críticos fueran invitados al estreno oficial. Durante este tiempo, los aficionados al teatro hicieron tal propaganda de la obra que se consiguió recuperar la mitad de los 30.000 dólares invertidos por los 58 financiadores.

Walter Kerr, del *New York Times*, y la mayoría de los críticos teatrales de la prensa neoyorquina se sintieron muy ofendidos por *MacBird*, pusieron el grito en el cielo e intentaron confundir al público. Sin embargo, las colas continuaron en la taquilla del «The Village Gate».

La señora Garson, veterana luchadora en los conflictos estudiantiles de Berkeley, es pequeña y fuerte. Tiene veinticinco años. Se casó hace seis, y tanto ella como su marido

—Mervin, «inclinado a los incidentes con la Policía»— proceden de Brooklyn, donde se conocieron siendo estudiantes de Bachillerato. Su padre tiene una tienda —«Rudy's Best Wines and Liquors» (los mejores vinos y licores de Rudy)— y su suegro es un funcionario de Correos jubilado, residente ahora en Méjico. Sus estudios estuvieron llenos de complicaciones y de irregularidades. Ella fue primero a Antioch y después al Brooklyn College y Marvin fue ex-



pulsado del Brandeis College por una falta que los directivos del College calificaron de blasfemia: «En realidad —dice ella— no tuvo importancia. Hicieron una parodia de una crucifixión. Esto es algo normal en Harvard, creo, pero en Brandeis todos quedaron trastornados».

Después de la expulsión de Marvin, se casaron y pasaron su luna de miel en Cuba. «Fuimos a Cuba porque era barato y agradable, no por razones políticas». Al volver, se sintieron molestos al leer lo que, para ellos, era una tergiversación de la política de Castro. «A partir de entonces, nos relacionamos políticamente con otras persona. No nos contentamos con nuestras pobres ideas anarquistas». Después, llegó el compromiso con los «Estudiantes En Favor De Una Sociedad Democrática» y con el «Movimiento Para La Libertad De Expresión», en Berkeley, donde consiguieron por fin la licenciatura en Historia. El se especializó en la americana y ella en la griega.

La señora Garson se negó en un principio a concederme una entrevista; mi primer intento de hablar por teléfono con ella empezó por una respuesta retadora de su marido: «¿Que si puede hablar con Bárbara Garson? Eso depende de quien sea usted». Marvin Garson había sido detenido recientemente y condenado por intentar exponer ante el Presidente Johnson una pancarta que decía: «Por



MacBird lucha con Robert. El vestuario utilizado en las representaciones del «The Village Gate», un night club de Nueva York, da un efecto surrealista a esta obra que, a pesar de la feroz crítica que supone, no fue prohibida en EE. UU.



las punzadas de mis pulgares presiento que algo maligno se aproxima». Según parece, su mujer fue acosada por los periodistas que no habían leído su obra, pero que pretendían conocer las intenciones que tuvo al escribirla. Explicaron que su trabajo no era leer obras polémicas, sino recoger citas polémicas. Por fin, después de haber insistido con mensajes de buena voluntad y cartas tranquilizadoras, fui bien recibida o, al menos, tolerada, en el apartamento de la autora, en Brooklyn.

La sorprendí limpiando su nevera y siguió limpiándola durante toda nuestra conversación. Me senté ante la mesa de la cocina, llena de paquetes de comida. De no haber sido escritora, su trabajo —dijo— hubiera sido el de «ama de casa y agitadora». Quien no sea miembro activo de la Nueva Izquierda se sentirá, al lado de la señora Garson, culpable o descarriado.

La señora Garson no encontraba al principio editor para Mac-Bird. Así que fue impreso y **SIGUE**



MacBird: En mi Sociedad Tranquila hay sitio para todo. Para cada uno, una casa, un coche, una familia, Un psicoanalista particular, un perro...

distribuido por su marido, para lo cual fundó «Grassy Knoll Press» (1). Vendieron 120.000 ejemplares aproximadamente; toda la edición. Al reaparecer de nuevo, los libreros de Nueva York colocaron anuncios en los escaparates: «¡MacBird ha vuelto!», «¡MacBird vive!». Pocas obras han sido tan leídas antes de su estreno. Conseguido su propósito, los Garson vendieron la «Grassy Knoll Press» a la «Grove Press» que lanzó una nueva edición de 250.000 ejemplares, con algunas ampliaciones y correcciones. La «Grove Press» prepara actualmente una nueva edición con el reparto original. Se espera una gran venta en las Universidades. En Inglaterra, *MacBird* ha sido editada por Penguin, y en Francia, Italia, Alemania y Escandinavia se han adquirido también los derechos de la obra.

Johnson macbird

MacBird es una sátira política basada, en general, en «Macbeth». Hay citas de una docena de obras de Sha-

(1) «Grassy Knoll» significa «talud herboso» y hace referencia a la colina desde donde, según se dice, partieron los disparos contra Kennedy.

kespeare que la señora Garson ha expoliado hábil y descaradamente. Johnson es MacBird —el tirano— y John Kennedy es Ken O'Dunc —el rey asesinado—. En el bando de MacBird están lady MacBird, el conde de Warren y varios compinches. Por parte de Ken O'Dunc nos encontramos a los hermanos John, Bobby y Teddy y unos cuantos conspiradores. Hacen breves apariciones Wayne de Morse y Adlai Stevenson (éste como «cabeza de huevo»). Las tres brujas son presentadas bajo los arquetipos de un beatnik que protesta, un revolucionario al estilo de los años 30 y un black-muslim agitador. Dwight Mac Donald, el viejo anarquista, ha revisado la obra y le ha dado su aprobación, aunque no literaria, si política. Paul Krassner, amigo de la difunta Lenny Bruce y del siempre presente Timothy Leary y editor del *The Realist* (la réplica neoyorquina, más difamatoria y comprometida, del *private Eye*) es el financiador principal de la obra. Ha dicho «nadie tiene que meterse en lo que hago con mi dinero».

Para los especialistas de Shakespeare es claro que en el argumento de la tragedia hay una cuestión espí-

nosa: MacBird debe matar a Ken O'Dunc. Y eso es lo que hace, aunque no personalmente y con un puñal, sino a través de manejos entre bastidores. ¿Qué significado tiene esto? En las audiciones ofrecidas a los financiadores de la obra se oyeron gritos de «traición» en el momento crucial y una o dos sillas fueron volcadas. La señora Garson ha resuelto de un modo complicado esta dificultad central. «Muchas personas me dijeron que habían pensado lo mismo, pero que habían desechado esta idea. Yo no pienso que la "idea" sea cierta, pero no necesito desecharla. No confío en absoluto en los políticos. No les tengo en cuenta para resolver mis problemas y no espero que arreglen mis asuntos; pero supongo que para las personas que confían en ellos esta "idea" puede ser demoledora. Le aseguro que no escribí una obra que me hiciera sufrir ni me tomé "la desagradable e inquietante tarea de mostrar que nuestro Presidente no es capaz de gobernar". No me preocupé lo más mínimo de ello. Realmente fue fácil».

Sin embargo, su posición se ha complicado desde hace un año en que



Lady MacBird: Yo soy la que realiza todos los actos tortuosos para que tú recibas graciosamente los beneficios.

empezó a trabajar en la obra. Por entonces se creía que, más o menos, Lee Harvey Oswald era el único asesino. En tales circunstancias, la insinuación que se hacía en *MacBird* era simplemente de mal gusto, de una irresponsable frivolidad. Sin embargo, los intentos que desde entonces se han hecho para destruir el Informe de la Comisión Warren han creado la incertidumbre en muchas personas, y para algunos *MacBird* ha ofrecido una solución increíble. No fue esto lo que pretendió la señora Garson; su actitud con respecto al Informe Warren es clara. Se limita a decir: «Esto es lo que queremos que usted crea y es lógico que haya ocurrido así. No creo que la Comisión sepa algo más. Si el Informe recoge la verdad lo hace por pura coincidencia».

La autora está irritada por la atención exclusiva que se le concede a la escena del asesinato. Por alguna razón especial esperaba que los espectadores y los críticos tuvieran un gran desapasionamiento y que se limitaran a reconocer un paralelismo con «*Macbeth*» y, después, pasaran a considerar otros asuntos. Porque se tocan otros problemas. Afirma que su interés principal no es ni Johnson como *MacBird*, ni John Kennedy como Ken O'Dunc. *MacBird* es una figura ridícula, tosca, criminalmente ambiciosa, pero no se le hace ningún ataque político específico. Se le presenta simplemente como a un bufón peligroso. En el cuarto acto de la obra se descubre su objetivo principal:

Atacar a MacBird es demasiado fácil. Ahora, a derecha e izquierda, se burlan y mofan de él. Se le desprecia tanto que está de moda llamarle villano, cogerle la nariz, romper con su partido, burlarse de él en la prensa. Pero nosotros no seguimos a la masa. Nuestra misión es aumentar su conciencia. Debemos denunciar las arteras garras [de Bob, que ahora recoge las ovejas descorriadas y las empuja tan dulcemente al redil. ¡Despertad, ovejas! ¡Rechazad a ese maldito! Es igual que todos ellos. Todos son iguales.

Pero ya es demasiado tarde. La gigantesca figura de *MacBird* ha sido condenada a lo largo de toda la obra. Es como, si en un grado distinto, Yago fuera propuesto como el héroe de «*Otelo*». La señora Garson temía que su obra pudiera fallar políticamente



MACBIRD

The Earl of Warren:

¡Oh mundo, regóciate! ¡Un Rey de Reyes es coronado!
...Y Bob es el segundo en la sucesión,
Ted es el siguiente... y los príncipes que han de nacer.

si el público no salía de la obra con una conciencia clara de los peligros que representaba Bob Kennedy. Por ello, escribió unas líneas para fortalecer la presencia de Bob y una escena entera extra. En ella, como Hamlet, está preparando una obra para representarla ante *MacBird*. Con ella pretende «atrapar la conciencia del rey» y habla con las brujas que aparecerán como actores:

Intercalad las palabras que queráis, los versos que os plazca, las frases [que se os antojen. Cualquier obra que escribáis, me favorecerá siempre.

las arteras garras de bob

Tan sincero y amargo comentario de la señora Garson se debía al tipo de espectadores que ella esperaba acudieran a las representaciones de Nueva York y a las críticas de la prensa. «Esta obra fue escrita originalmente para representarla en Berkeley ante un público con el que se podía prescindir de entrada de cualquier discusión entre demócratas y republicanos. Estos se planteaban «¿estamos contra la guerra?, ¿debemos votar por Goldwater?, y otros, «¿es Bob Kennedy nuestra mejor es-

peranza de paz o debemos formar un partido independiente?». Aquel público se encontraba políticamente en la extrema izquierda, muy alejado del público medio que ha presenciado la obra. *MacBird* es un producto de la Costa Occidental y nació entre los estudiantes politizados de la Universidad de California, suscriptores de la revista *Ramparts*, que atacan el que se lancen bombas de napalm sobre Vietnam. *MacBird* no podía quedarse en la obra de un estudiante de Nueva York cuya protesta se limita a una crítica de las normas de ingreso en la Universidad».

Pero, ¿por qué está tan in-

SIGUE



MacBird:

El único peligro es la vacilación. La hazaña más osada, la mentira mayor, triunfan.

Esta lección la hemos aprendido de Ken O'Dunc.

Recordad cuando atacó esa isla rebelde y negó haberlo hecho, declarando: «¿tú yo?».

Lo principal es la confianza y la habilidad, por eso todavía el mundo cree que nunca mintió.

Mensajero: «¡Los pacifistas se manifiestan!»

MacBird: «¡Detenedles!»

Men.: «¡Los Beatniks que man las cartillas militares!»

M. B.: «¡Encarceladlos!»

Men.: «¡Los negros se resisten pacíficamente!»

M. B.: «¡Lanzadles gas!»

Men.: «¡Los rebeldes latinoamericanos se alzan!»

M. B.: «¡Disparad contra ellos!»

Men.: «¡Los campesinos asiáticos se arman!»

M. B.: «¡Bombardeadles!»

Men.: «¡Los miembros del Congreso protestan!»

M. B.: «¡Que se fastidien!»

teresada Bárbara Garson en «denunciar las arteras garras de Bob? Ella cree apasionadamente que los americanos que desean la paz en Vietnam y la desaparición de la pobreza en Estados Unidos no pueden confiar en Bob Kennedy. «Estos objetivos no significan nada para él», dice. «En igualdad de circunstancias, creo que prefiere la paz a la guerra, pero actualmente está llevando a cabo un interesante juego en la sombra. Se encuentra metido en un juego de manipula-

ciones políticas en el que los objetivos reales se olvidan. No sé ni me importa cuáles puedan ser sus intenciones, pero creo que estos objetivos son relativamente indiferentes a Bob Kennedy».

«Bob ha conseguido contrarrestar una fuerza con otra. En cuanto meta a los pacifistas en el bolsillo, comenzará a atraerse a otros grupos. La mitad de los estudiantes de este país parecen confiar en Bob Kennedy, quien ha conseguido el apoyo de per-

MACBIRD

sonas cuyas energías podrían ser gastadas más útilmente en luchar por el fin de la guerra y de la pobreza. Podemos tener una mayor influencia política si nos mantenemos independientes de candidatos como Bob Kennedy. Se trata simplemente de un problema de eficacia. Los demócratas del Sur amenazan con retirar su apoyo y así consiguen lo que se proponen. Ni se les ignora ni se prescinde de ellos; consiguen puestos directivos en los comités y todo lo que desean. Sin embargo, cuando los políticos saben que un grupo de personas no tiene otra alternativa, ningún otro sitio donde ir, han perdido toda su fuerza».

«No debemos tratar con individuos. Un partido ha de comenzar con programas y objetivos políticos, no con personalidades. Lo que necesitamos son portavoces que se conviertan en dirigentes por la causa que defiendan y no dirigentes que puedan ser controlados porque el pueblo haya delegado pasivamente en ellos todo el poder, confiándoles la resolución de todos sus problemas. Me niego a ser una espectadora aterrada ante los hechos y renunciar a mi propio juicio "esperando que esos chicos sepan

lo que hacen". Por el contrario, espero que todo el mundo se dé cuenta de que *esos chicos no tienen ni idea* de lo que están haciendo. Me enfurece el abuso de poder, aunque no tengo prejuicios contra los políticos. Como instituciones, las veo lejanas a mí como para insultarlas personalmente. Un defecto político de la obra es que se la pueda considerar como un ataque personal y que pueda llegar a pensar alguien que todo se resolverá si nos deshacemos de unos cuantos».

Estas opiniones, expresadas desde el interior de la nevera, no aparecen demasiado claras en *MacBird* precisamente por tratarse de una obra teatral y no un panfleto político. «Mi próxima obra —dice— será más dogmática y menos divertida». Ahora bien, sus opiniones no permiten la esperanza shakespeariana; la ausencia de un salvador, de un Fortimbras que pueda arreglar el estado de Dinamarca. Es lógico que encontremos alienación en la obra de una joven que «en cierto modo detesta la existencia de un poder» y cuyo ideal de democracia corresponde a la antigua ciudad-estado griega. Este ideal sólo parece posible en la Uni- **SIGUE**





MacBird: ¿Qué grupos rebeldes? ¿Dónde está ese Viet Land? ¿Quién autorizó a esas gentes a rebelarse?



YO SOY LA CUARTA BRUJA

Barbara Garson asistió en París al estreno de su obra *MacBird*. Esta joven de veinticinco años, de pelo alborotado, ojos azules y vivos tras sus gafas de intelectual americana —a la que siempre acompaña su marido, Marvin, de la misma edad y las mismas ideas—, hizo antes de la representación las siguientes declaraciones en exclusiva.

BARBARA GARSON.—«*MacBird*» es una forma mía, personal de protestar contra el clima político amoral que ha hecho posible la guerra en Vietnam. Muchos miembros del gobierno americano son hostiles a la guerra del Vietnam, pero se cuidan mucho de dimitir. En «*MacBird*» he querido denunciar a estos hombres que aceptarían cualquier cosa con tal de conservar su posición. Esta es la idea que más difícilmente admite el público americano: Johnson practica una política imperialista, pero John Kennedy no hizo otra cosa, lo que sucede es que tuvo otro estilo. Muestro a un Robert Kennedy a quien todo le importa un rábano y que persigue un solo objetivo: llegar al poder. El público americano no quiere creer que Bobby Kennedy sea así, pero tiene que comprender que este hombre —que hoy es la esperanza de la izquierda— no cambiará en absoluto la política americana.

● ¿Desea que su obra sea puesta en Francia?

B. G.—No estoy muy segura. No sé si causará en el público francés el mismo impacto que en el americano. En Francia hay una corriente antiamericana; gaulistas y comunistas se oponen a la guerra de Vietnam. A mí esto me alegra, pero me parece que es bastante fácil hacer antiamericanismo en Francia, como era fácil hacer anticolonialismo en Estados Unidos durante la guerra argelina. Los franceses se sentirán justificados al ver la obra y olvidarán que hay muchas cosas que reformar en Francia.

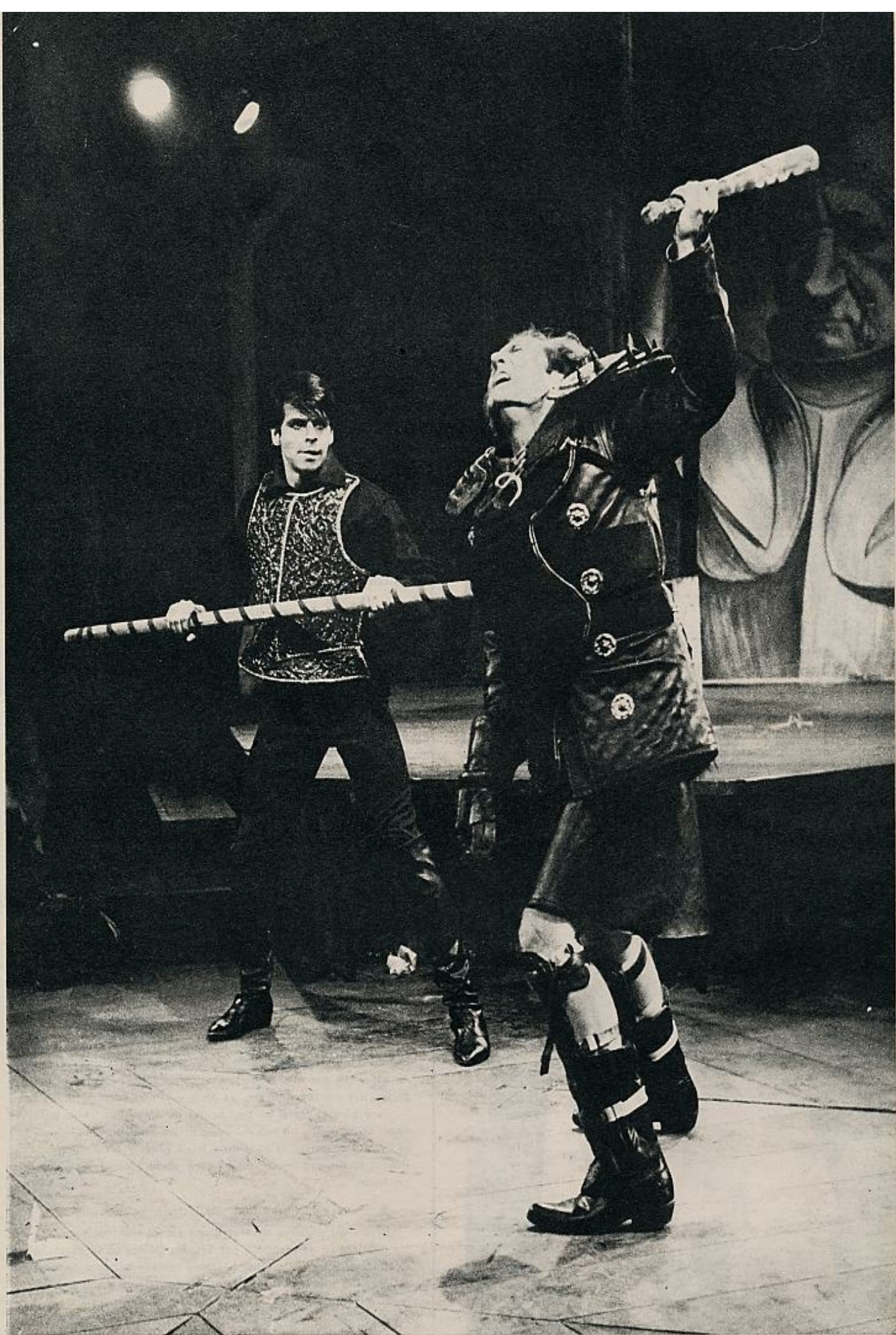
De todas formas, yo temo más los contrasentidos políticos que pueden darse al traducir la obra al francés que los simples contrasentidos. Temo que pueda resultar una bufonada, una muestra del folklore americano. Quizá por esta razón, Pierre Debauche se haya negado —muy honestamente— a montarla. Cuando los americanos ven «*MacBird*» salen del teatro diciéndose que tienen que hacer algo, porque esta obra «es» su país. En cambio, los franceses se dirán sencillamente: «¡Asquerosos americanos!». Después criticarán a Stevenson —Egg-of-Head, en la obra—, aunque estoy convencida de que hay gentes de izquierda en Francia que no pueden compararse. Por ejemplo, si la Federación de Izquierda llegara al poder, el «*Nouvel Observateur*» se vería muy apurado para denunciar los errores que cometiera. No olvide que había hombres de izquierda en el gobierno de De Gaulle cuando éste reprimió los motines en 1945 y que Kennedy es responsable de la prosecución de la guerra de Vietnam. Estoy convencida de que mi Stevenson Egg-of-Head sería justificado en Francia tanto por los comunistas como por los gaulistas y el centro cuando dijera: «Hay que mantener los ligámenes con el poder; en vez de romperlos, hay que procurar que las cosas vayan un poco mejor».

Pero pienso, como las tres brujas de «*MacBird*» —un militante, un beatnik y un representante de los Black-muslims—, que es preciso despertar la conciencia de la gente y crear un movimiento totalmente nuevo, sin ninguna atadura con los partidos existentes.

● ¿Cuál será su próxima obra teatral?

B. G.—Mi próxima obra será una «moraleja»: se seguirá a los políticos en su recorrido por Estados Unidos en la campaña electoral de 1968. Pero quizá hayamos hablado bastante de mí y mi obra. Mi misión a través de esta entrevista es lanzar una llamada a la paz.

YVETTE ROMI



MacBird: Dios mío, Dios mío, ¿todos me han abandonado?



Robert Ken O'Dunc:

*Seguiré las huellas de mi gran predecesor
Construyendo la Sociedad Tranquila.
Y, conmovido de dolor, juró solemnemente
Mantener enhiesta la bandera de MacBird.*

versidad de Berkeley. Pero ese optimismo ha desaparecido y la señora Garson sabe que ya no es posible en un mundo en que las estrellas de cine son políticos y en que la cinica protesta popular toma la forma de insignias con la inscripción «John Wayne a la secretaría de defensa».

Se dice que a Bob Kennedy le ha parecido *MacBird* muy divertida y parece ser que en sus declaraciones últimas sobre la guerra del Vietnam ha sido menos equívoco. ¿Quién sabe?

Mientras tanto, la diversión continúa en «The Village Gate». Fui a presenciar allí un ensayo dirigido por Roy Levine, un joven pequeño y paliducho de veinticinco años, que evoca, según él mismo dice, un fantasma familiar. Es, también, de Brooklyn y estudió «Macbeth» con Bárbara Garson hace diez años en la misma clase de inglés. Fue él quien la animó a terminar *MacBird* la primavera pasada. «Entonces, aunque era ya algo más que un esbozo, aún no tenía forma teatral». Su contribución a la obra fue considerable, casi la de un colaborador. Así, pues, fue una sorpresa el que tres semanas antes del

estreno anunciara que por razones personales renunciaba a participar. Se trataba simplemente de que se había puesto enfermo precisamente por su intenso trabajo en *MacBird*. Por ello, Gerald Freedman dirigió los ensayos durante las últimas semanas, aunque se mantuvo la concepción de Levine.

En los ensayos que presencié se trabajaba sin prisas. Se interrumpían de vez en cuando para aclarar políticamente algún punto. Levine explicaba el fundamento ideológico y las actitudes de los diversos personajes. Su intención era seguir lo más cerca posible lo que llamaba la «concepción isabelina» de la actuación, aunque el estilo es más brechtiano que shakespeariano. Los decorados son excesivamente sencillos y el vestuario, moderno. Al añadir una capa, botas de cowboy y espada de madera a un traje, el resultado es de surrealismo. En el duelo final se utilizan un casco antiguo, rodilleras, máscara de portero de base-ball, espinilleras y guantes de jugador de jockey. El cuerpo de Bobby Ken O'Dunc está prácticamente indefenso, pero cubre



Bárbara Garson no encontró, al principio, editor para su obra. Por ello, su marido, Marvin, fundó una editorial, la «Grassy Knoll Press» (grassy knoll significa «talud herboso» y hace referencia al talud desde donde, según se dice, partieron los disparos contra Kennedy). La portada del libro que ofrecemos corresponde a la edición de «Grassy Knoll». Las fotos del reportaje corresponden a las representaciones celebradas en enero de 1967 en el «Village Gate», de Nueva York.

su cabeza con un complicado casco de las tropas estatales al que se añade una visera de polaroid.

La señora Garson es una muchacha ardorosa. Según ella, es hora de olvidar el pasado para enfrentarse activamente con el futuro. Roy Levine esperaba que la obra «barriera la hojarasca del pasado político», pero para muchos lo que ha hecho es producir dolor y vergüenza. Por último, se alega que todo ello únicamente puede conducir a que la reputación de la «Gran Sociedad» salga aún más dañada. Pero, la obra no ha sido prohibida en Nueva York... sigue existiendo libertad de expresión en Norteamérica. La revista *Time* calificó a *MacBird* de «jeremiada de pobre», pero la verdad es que los hombres del año de la revista *Time* no llegan a los veinticinco años, y que muchos de ellos han estado lamentándose por asuntos de *Mac Bird*.

JANE WILSON

Dibujos de Robert Grossman

© THE SUNDAY TIMES - AGENCIA ZARDOYA y «TRIUNFO»

(Fotos Cifra)